

noviembre de 2004: 42).

La paulatina diferenciación entre el realismo y lo real, en este último período analizado por José Luis de Diego, llevará a superar la oposición sesentista entre realismo y vanguardia y a la conformación de una poética de la incertidumbre y ya no del compromiso y la transformación social. La experiencia será abordada desde otras formas narrativas diferentes a la novela y el eje de esta variación estará centrado en las recanonizaciones que van de Cortázar a Borges: “[...] la figura de Borges es el referente canónico más fuerte durante los ’80, es posible advertir su legado en los novelistas de entonces: la imposibilidad de representar lo real, la desconfianza en la lengua como instrumento de esa representación imposible, el abandono de motivaciones históricas o psicológicas como órdenes previos a su elaboración discursiva”. (266).

Aunque sus fundamentos están sólidamente elaborados, resultan polémicas ciertas afirmaciones de

José de Diego con respecto a la producción cortazariana, que estarían consagradas-esclerosadas, pero a la vez fuera del interés de la crítica. Quizá, referidas a las primeras etapas de la pos-dictadura, sean ciertas y deban revisarse en función de estos últimos años, en los que el vigésimo aniversario de su muerte lo resituó en la discusión académica y crítica y en la circulación editorial. El alcance temporal del trabajo reseñado limita estas consideraciones y, en su lugar, instalan y dejan abierta la discusión.

Evidentemente ése es el intento del trabajo de José Luis de Diego: instalar el interrogante, abrir líneas de reflexión, dejar en suspenso la pregunta acerca de los lugares desde donde se funda y consolida nuestra literatura: “Perdidos en esta diáspora, ¿quién de nosotros escribirá el Facundo?”(cita de Piglia. 153).

María Florencia Geipel
CIUNSa
Universidad Nacional de Salta

Léxico técnico de filosofía medieval.

Silvia MAGNAVACCA.

Buenos Aires: Miño y Dávila, 2005. 847 páginas.

Ignoti nulla cupido.

“Nada es querido, a menos que sea previamente conocido” indica la sentencia escolástica que incluimos como epígrafe de esta reseña. Y con esa idea parece relacionarse el propósito de Silvia Magnavacca en

su *Léxico técnico de filosofía medieval*: contribuir al conocimiento del pensamiento filosófico del Medioevo a través de su frondoso vocabulario permitirá “querer” un poco mejor esta etapa histórica. Sabido es que durante mucho tiempo se consideró a la Edad Media como

un período oscuro —en oposición a la luminosidad del Humanismo— de la historia de la humanidad, oscuridad (complejidad) que, desde la perspectiva filosófica de sus signos y sus significados, puede amedrentar a los actuales estudiosos de diversas disciplinas y a estudiantes que interactúan con los términos latinos propios de la filosofía medieval.

Por eso la obra ha sido concebida como “un instrumento de consulta ocasional” (17) que permita encontrar resumidas las principales acepciones en torno a las grandes cuestiones tratadas en la Edad Media y hallar términos técnicos que no siempre son de fácil acceso. “Fue hecha, pues, para traductores, para los que no son especialistas en el área, sino investigadores de otras conexas y hayan de imponerse de las acepciones medievales de los términos latinos que la filosofía suele emplear; pero también, y principalmente, como herramienta inicial para quienes comienzan a adentrarse en ese vasto campo de la filosofía medieval” (18). Así, el texto ofrece algunas sugerencias de traducción y aclaraciones del sentido de las palabras tanto como una síntesis de cada tema para facilitar búsquedas rápidas que pretenden lograr una impresión general del pensamiento medieval.

A partir de la certeza de que el sistema ideológico medieval fue elaborado en torno de la teología, el texto incluye términos de ese campo que resultan insoslayables para la comprensión de las discusiones

filosóficas de la Edad Media. Del mismo modo, se incorporan términos de la física o de la gramática de la época, dado que estos campos disciplinares, fácilmente diferenciables en nuestros días, no eran ajenos al ámbito de la filosofía en el Medioevo. Asimismo, los temas y esquemas filosóficos y teológicos son ligados en su continuidad con la Patrística, antecedente imprescindible para la comprensión de algunos puntos centrales del pensamiento de la Edad Media, y con las tres grandes religiones del mundo antiguo — judaísmo, cristianismo e islamismo— dado que las categorías fundamentales del pensamiento antiguo, punto de partida del desarrollo del medieval, se hallan imbricadas en ellas. “En suma, más allá o más acá de los remanidos problemas de periodización, esto es, cualesquiera sean los límites que se le asignen, la Edad Media conforma el más largo trecho en la historia del pensamiento occidental. Es el tramo en el que las nociones fundamentales concebidas por los antiguos acabaron de fraguarse y nos determinaron en lo que somos; definieron —seamos de ello conscientes o no— el enfoque central de nuestra visión del mundo y del hombre.” (19).

La parte del texto que corresponde concretamente al léxico subraya la especificidad del pensamiento medieval en los términos latinos que explica. Siempre se ha buscado la concisión y una articulación interna lo más clara posible, lo que justifica

que los artículos correspondientes a palabras complejas y fundamentales sólo registren las acepciones más generales. A pesar de ello no se prescinde de remisiones externas a otros textos o autores. Con el objetivo de reflejar la sistematicidad y coherencia del edificio conceptual del Medioevo se incluye luego un apéndice de sentencias, como complemento del léxico. El fin didáctico que guía esta segunda parte del texto se fundamenta en la certeza de que la incorporación de los términos en un contexto mínimo contribuirá a esclarecer sus respectivos significados y usos. Por otro lado, “examinar la fundamentación puntual que se confirió a esos enunciados muestra la precisión, la economía y el mecanismo interno del pensamiento filosófico que tipifica la Edad Media” (751).

El esfuerzo por lograr una síntesis, que sin duda y como reconoce la autora sacrifica muchos aspectos que el medievalista o el especialista en filosofía echarán de menos, revela si embargo la capacidad de Magnavacca para abarcar, en el acotado espacio de ochocientas páginas, las líneas generales de más de diez siglos de pensamiento filosófico. La obra se manifiesta en este sentido como un instrumento eficaz y didáctico para iniciar la lectura de los autores medievales o para iluminar el estudio de la historia o la literatura del medioevo. El trabajo es muy meritorio también debido a que concibe el aparato conceptual

medieval como la prolongación del modelo originado en la antigüedad y transmitido por los representantes más destacados del judaísmo — helenizado y romanizado— y los Padres de la Iglesia en los umbrales de la era cristiana. Por otra parte, a pesar de enfocar como centro la reflexión filosófica, el Léxico técnico de filosofía medieval se concreta como un intento, al entender la palabra como *ethos* del hombre, por superar la división de áreas epistemológicas en compartimentos estancos, tendencia que en la actualidad constituye un fenómeno de interés tanto en el mundo académico como en el editorial.

Lidia Raquel Miranda
Instituto de Estudios Clásicos
Universidad Nacional de La Pampa